

Segundo suplemento a la edición N° 41 de  
PUNTO FINAL — Martes 7 de Noviembre de  
1967 — Santiago - Chile.

# LA REVOLUCION DE LENIN

Por Albert Rhys Williams (\*)

LENIN: genio revolucionario

(\*) En homenaje al 50º aniversario de la Revolución de Octubre, PF publica un capítulo del libro "Americans Discover Lenin and New Russia" ("Unos americanos descubren a Lenin y a la nueva Rusia"), del periodista Albert Rhys. Junto con John Reed, el periodista Rhys reportó la revolución de los bolcheviques de 1917.

Tanto este material como las fotografías que se incluyen en esta edición de PF, fueron proporcionados por la Agencia de Prensa Nóvosti, a la que expresamos nuestros agradecimientos.



**E**l miércoles 25 de octubre (7 de noviembre) por la noche, John Reed, Luisa Brayant y yo, temiendo perdernos los acontecimientos, cenamos apresuradamente en el Hotel France y nos dirigimos rápidamente al Palacio de Invierno, donde ya habíamos estado vagando casi todo el día como turistas. Era difícil considerar nuestro paseo una excursión organizada, pero nadie se fijó en nosotros. Cuando en una de las entradas el centinela cabeceó, dudando al contemplar los pases expedidos por el Comité Militar Revolucionario, nos fuimos a otra entrada y presentamos nuestros pasaportes norteamericanos. De los corresponsales norteamericanos se podía esperar cualquier cosa... Al parecer aquel día a nadie más que a nosotros se le había ocurrido visitar el Palacio de Invierno. Allí nos advirtieron que desde las diez de la mañana el Palacio estaba cercado por soldados, guardias rojos y marinos y que, en cualquier momento, podía empezar la refriega.

Al volver a la Plaza del Palacio pudimos ver desde el arco del Estado Mayor que todavía no había ocurrido nada sensacional. Algunas ventanas del inmenso palacio, levantado en el siglo XVI, se veían iluminadas. Los muros rosáceos aparecían débilmente aclarados al caer la noche. En otoño anochece temprano en Petrogrado. No eran más de las cinco. Aumentaba el número de soldados y guardias rojos en torno al Palacio, pero todo estaba silencioso y se respiraba en el ámbito una tensión de espera. El Palacio de Invierno estaba todavía en poder del gobierno fantasma aunque los ministros se escondían en los aposentos interiores, donde por el día no se nos había dejado entrar. Eso fue, quizá, lo único que habían denegado a los desventurados corresponsales norteamericanos. Bajo el arco donde estábamos situados, había un grupo de guardias rojos discutiendo con soldados que no comprendían las causas de la espera y refunfuñaban enojados. "¿Qué esperamos? Hay que meterse y atrapar a Kerensky con toda su banda". Por lo visto, no sabían que por la mañana temprano Kerensky había abandonado el Palacio en su automóvil, escoltado por un vehículo de la embajada norteamericana con la enseña de los EE. UU. en el radiador. Un guardia rojo barbudo replicaba disgustado: "Por ahora no podemos atacar. Los junkers se han cobijado entre las faldas de las mujeres. El palacio está defendido por el batallón femenino. Los periódicos dirían que nosotros disparamos contra mujeres. Además, camaradas, debemos respetar la disciplina, no se puede actuar sin orden del comité". El soldado no parecía satisfecho con la explicación. Y aún seguían discutiendo cuando, saltando charcos, nos dirigimos por la avenida del Neva al Smolny, donde se iba a inaugurar el Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia.

Aquella mañana, Zorin —dirigente bolchevique— nos contó que habían enviado destacamentos al Banco del Estado y a la Central de Telégrafos y que el grupo más nutrido de soldados y guardias rojos había sido despachado a la central de teléfonos, donde se esperaba la mayor resistencia. El acceso al Smolny estaba guardado por varios centinelas. Empuñando sus fusiles, los guardias rojos contemplaban con curiosidad una ametralladora pesada que debía haber sido colocada la noche anterior. Les habían enseñado a ma-

nejar los fusiles pero ¿qué hacer con una ametralladora? No importa, siempre se puede recurrir a la bayoneta. El frío silencio de la nebulosa mañana fue roto por el sonoro disparo de un fusil, el tiroteo se fue generalizando, la sublevación había comenzado.

Al mediodía ya estaban en poder de los sublevados las estaciones de Nikolaievski y del Báltico, el Banco del Estado y Telégrafos. También fueron tomados los principales edificios públicos. No quedaba más que el Palacio de Invierno que había sido aislado del mundo exterior desde el momento en que los soldados y guardias rojos se apoderaron de telégrafos y cortaron las líneas. Todo esto ocurrió sin derramamiento de sangre, y casi sin ninguna resistencia.

La animación en la avenida del Neva no significaba que en la ciudad reinase mayor tranquilidad. Por las calles colindantes marchaban los blindados con ametralladoras listas para disparar. (Cinco blindados se habían pasado ya al lado de los bolcheviques). La revolución no podría haberse producido tan organizadamente y, yo diría, con tan engañosa rutina, de no haber estado precedida por una labor preparatoria colosal, en la que se premeditaron hasta los últimos pormenores. Además, el curso relativamente tranquilo de los sucesos en Petrogrado, no significa que ocurriese lo mismo en todas partes. En Moscú, por ejemplo, los rebeldes encontraron seria resistencia y se produjeron sangrientos combates. Nosotros nos encontramos en el centro del vendaval. En aquel centro estaba Lenin, pero no en el sentido figurado, como la más consciente de las fuerzas conscientes que se sumaron al huracán del movimiento espontáneo de las masas y le imprimieron dirección. Lenin estaba en el centro de los sucesos en el sentido más directo: el "obrero K. P. Ivanov" se había presentado modestamente en el Smolny la víspera y tenía en sus manos todos los hilos de la sublevación.

Algunos historiadores occidentales presentan las cosas como si Lenin no tuviese la menor relación con los acontecimientos reales de la sublevación de Octubre. Esto, naturalmente, es un ejemplo lamentable de autoengaño consciente, tan vano como cualquier otro intento de rehacer la historia. Ha resultado tarea inútil la de minimizar el papel de Lenin.

A mi juicio, el plan general aplicado por el Comité Militar Revolucionario, con los detalles de la sublevación del 24-25 de octubre (6-7 de noviembre), fue esbozado por Lenin en un artículo fechado el 8 de octubre, intitulado "Consejos de un extraño". El plan leninista prevía "sitiar y aislar a Petesburgo" y "conquistarlo mediante el ataque combinado de la flota, los obreros y la tropa". Esa tarea exigía "arte y audacia triplicada". En el mismo artículo Lenin decía: "Hay que combinar nuestras tres fuerzas principales: la flota, los obreros y las unidades militares, para tomar y retener a cualquier precio: a) teléfonos; b) telégrafos; c) las estaciones ferroviarias; y d) los puentes, en primer lugar".

Al aproximarnos al Smolny vimos que varios proyectores, rompiendo la oscuridad nocturna, se deslizaban por los muros amarillentos del edificio, y tan pronto chocaban con los haces de luz que salían de los altos ventanales, como rompían las tinieblas iluminando los ornamentos de la fachada. Lo gracioso fue



El periodista autor de la crónica, a la derecha, junto con otros colegas norteamericanos, con soldados y marineros rusos, en octubre de 1917.

que en el momento en que se estaba alterando la marcha de la historia, me vino a la cabeza la siguiente idea: ¿no es una paradoja que el edificio más rojo de Petrogrado sea el Palacio de Invierno, mientras que el Smolny aparezca blanco a la luz de los potentes reflectores?

A lo largo de la calle, situada enfrente al Smolny, había carros blindados con los motores en marcha conducidos por guardias rojos o marinos. En la plaza, junto a un montón de leña, que en caso necesario podría servir para levantar barricadas, había un cañón de tres pulgadas. Todos esos preparativos habían sido realizados la víspera por la noche, después que Kerensky dio la orden, el día 24 de octubre (6 de noviembre), de ocupar el Smolny. Sin embargo, el batallón de soldados que debía cumplir la orden no apareció.

En la entrada del Smolny, en los anchos descansillos de la escalera, estaban emplazados un segundo cañón y varias ametralladoras. La entrada estaba guardada por centinelas armados.

Uno de los puntos del plan leninista de la sublevación —punto en el cual insistía en todos sus artículos y cartas desde la clandestini-

dad y que fue aprobado no sin disputa en las reuniones del CC del partido bolchevique—, exigía que la sublevación armada se llevase a cabo antes de la inauguración del Segundo Congreso de los Soviets. El congreso debía encontrarse con el hecho consumado. Lógicamente, no existía el menor temor de que el Congreso no aprobase la resolución de la sublevación, puesto que en aquel entonces los bolcheviques contaban con la aplastante mayoría en los Soviets. Pero Kerensky, sabiendo que el congreso votaría la sublevación, podría enviar tropas a cercar el Smolny e impedir por la fuerza la realización del congreso. Lenin se mostró extremadamente realista al prever la posibilidad de un ataque inesperado, máxime cuando no se sabía la cantidad de cosacos y soldados que Kerensky podía traer del frente.

A las 10,40 de la tarde Fiodor Dan, médico de profesión, redactor durante muchos años de todos los periódicos mencheviques, hizo sonar la campana en su calidad de presidente del viejo Comité Ejecutivo Central de los Soviets.

Dan dijo que no tenía intención de pronunciar un discurso político por cuanto sus corre-



ligionarios del partido estaban en aquel momento "siendo ametrallados en el Palacio de Invierno y cumplían su deber con riesgo de la vida". En medio de un mar de protestas, el presidente declaró inaugurado el Congreso.

Súbitamente sonó un disparo de artillería y los delegados abandonaron sus asientos. Los que estaban cerca de las ventanas se pusieron a mirar hacia la calle. Yuli Martov se lanzó a la tribuna pidiendo la palabra.

—Camaradas: ¡Este es el inicio de la guerra civil! —gritó desesperado—. Su voz era opaca y ronca: al igual que muchos otros revolucionarios que habían pasado por presidios y destierro, Martov padecía tuberculosis. Lo principal debe ser lograr una solución pacífica de la crisis... La cuestión principal que tiene planteada el congreso es la del Poder y se está resolviendo ya en las calles mediante las armas. El Congreso no tiene derecho a cruzarse de brazos contemplando cómo se desencadena una guerra civil, preñada del peligro de la contrarrevolución. La posibilidad de una alternativa pacífica reside en la creación de un órgano democrático unitario de Poder en el que estén representados todos los grupos y partidos socialistas.

En la calle volvió a sonar otro cañonazo y a lo lejos respondió otro disparo.

De tiempo en tiempo, los bolcheviques salían a consultarse, y sin duda, se aconsejaban con Lenin. También organizaban reuniones los otros grupos. Los moderados esperaban que Lenin y los bolcheviques rechazaran la propuesta de Martov —eso era precisamente lo que esperaban a juzgar por sus observaciones y réplicas— pero resultaron desilusionados. ¿Por qué habrían de oponerse los bolcheviques? Lenin ya antes había propuesto una colaboración, rechazada por los mencheviques y social-revolucionarios, y no por los bolcheviques. Tomó la palabra Lunacharsky para decir que la fracción bolchevique "no tenía absolutamente ninguna objeción que hacer a la propuesta de Martov". La moción fue sometida a votación, y junto al mar de bayonetas, se alzó otro de manos. La propuesta fue aprobada por unanimidad. Sin embargo, a los mencheviques no les convenía un frente común.

En una atmósfera de emoción general tomó la palabra el delegado del Bund, (partido socialdemócrata judío), Abramovich, para decir que como continuaba el asalto al Palacio de Invierno, los miembros de la Duma urbana, los mencheviques y social-revolucionarios, así como los miembros del Comité Ejecutivo de Diputados campesinos, "habían resuelto perecer junto al Gobierno Provisional. Vamos con él", y exhortó a los congresales a seguir su ejemplo. "Inermes, exponemos nuestro pecho al fuego de los terroristas". El presidente replicó que solamente irían los conciliadores. Un puñado de unos ochenta abnegados "mártires" abandonaron la sala. Entre los 650 congresales, unos 400 eran bolcheviques y ocupaban el segundo lugar los social-revolucionarios de izquierda. Los mencheviques y social-revolucionarios de derecha contaban con unos 70-80 representantes.

Martov volvió a hacer uso de la palabra: "Debemos hacer cesar de inmediato el derramamiento de sangre" —empezó diciendo. Pero enseguida le interrumpieron diciéndole que no había tal derramamiento, sólo rumores, y él siguió insistiendo.

Una hora antes se había aprobado por unanimidad la moción de Martov. Pero ¿qué suerte esperaba a esa otra en un auditorio donde ya no había derechistas?

Reed y yo nos dirigimos a la salida para llegar a la Plaza de Palacio. Era alrededor de la una de la madrugada.

—Yo puedo comprender porqué se han retirado los otros ¿pero Martov? —dije yo—, ¿será posible que de verdad se retire? ¿Y sus correligionarios? Eran hombres inteligentes que habían soportado el presidio y el destierro (Martov contrajo la tuberculosis en Siberia), y todo en aras del pueblo. Adoraban al pueblo como a un dios, pero cuando ese dios se irguió, poderoso y resuelto y en su cólera, empezó a lanzar rayos y centellas, orgulloso de su poder, ellos se volvieron ateos. Como dios no les atendía, rompían con él. Dios se insubordinó y ellos, aterrorizados, corrieron a esconderse...

Cuando estábamos ya cerca del arco del Estado Mayor que conduce a la plaza del Palacio, se oyeron tres disparos, que quedaron sin respuesta. Por los cuatro costados del Palacio de Invierno avanzaron guardias rojos, soldados y marinos.

La gente se lanzó a una pequeña entrada del Palacio, la única que estaba abierta. Nosotros también corrimos. El inmenso Palacio estaba brillantemente iluminado. En el interior estaban desarmando a los alumnos de las escuelas militares y acto seguido les dejaban en libertad. Un destacamento de marinos subió al segundo piso para detener a los ministros del Gobierno Provisional. A nosotros nos propusieron tomar asiento en un largo banco que estaba junto a la pared. Pero no esperamos mucho. Por la amplia escalera apareció una procesión de ministros, cada uno con su guardián. En rigor, ninguno de los ministros que pasó por nuestro lado había sido legítimamente elegido por el pueblo. Como dijera Milukóv (ministro de relaciones exteriores del gobierno provisional) en un discurso pronunciado después de la Revolución de febrero, no habían tenido tiempo de organizar elecciones. Así que no había sido la Revolución de febrero ni sus protagonistas quienes habían entrado al Gobierno Provisional. Aquellos ministros se habían autodesignado y se aferraban con todas sus fuerzas al cargo. Pero el Gobierno Provisional no llevaba ese apelativo por casualidad. Ese gobierno podía gobernar mientras contara con el apoyo de las masas. Las masas siempre tuvieron una actitud fría hacia él aunque lo consintieron. Pero ese consentimiento había sido, en el mejor de los casos, obligado, y luego las cosas cambiaron completamente de cariz.

Los ministros fueron trasladados a la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde se había organizado un estado mayor auxiliar del comité militar revolucionario.

No recuerdo bien si fue Antonov o Chudnovsky quien nos autorizó a penetrar en la sala de malaquita. Acababan de colocar centinelas. Grupos de soldados, marinos y guardias rojos continuaban pesquisando en los aposentos interiores, donde podían estar escondidos cadetes o junkers y también y hasta era probable que estuviesen prisioneros allí unos marinos del destacamento de vanguardia que había penetrado en Palacio unas horas antes del asalto. En aquella espaciosa sala con grandes ventanales orientados hacia el

Neva, habían sesionado los ministros del gobierno provisional. Allí habían pasado largas horas esperando a los cosacos, sin ningún resultado. Por la tarde abandonaron la sala porque los ventanales estaban muy cerca de la artillería del "Aurora" anclado en el puente Nikolaievski, y también de los cañones de la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

De la sala de malaquita pasamos a los interiores, donde, según se decía, había tenido su despacho Nicolás II, y donde habían pasado las siete horas que precedieron al arresto, los ministros del Gobierno Provisional. Habían estado sentados en torno a una mesa redonda, paseando de un ángulo a otro y tratando de dormirar en los divanes y sillones. El despacho tenía que ser registrado, cerrado y precintado, por eso sólo estuvimos allí unos minutos bajo la mirada vigilante de los centinelas. Pero a pesar de todo, logramos coger de las mesas algunos papelititos con frases aisladas del último decreto que estaban preparando los ministros. La mayoría de las palabras estaban abreviadas y cubiertas de garabatos.

Retornamos al Smolny un tanto alarmados. ¿Qué habría pasado allí durante nuestra ausencia? Temíamos que los partidos que habían quedado en minoría, especulando con los sucesos del Palacio de Invierno emprendiesen alguna acción hostil. Hoy sabemos que el "nefasto" disparo del "Aurora", que provocara la historia de Martov y de algunos otros congresistas, había sido hecho con un proyectil de foguero.

Cuando penetramos en la sala, sonaban aplausos. A raíz de la retirada del grupo de Martov, no quedaron con los bolcheviques más que los social-revolucionarios de izquierda y el pequeño grupo de "Novaia zhinsñ" (que animaba Gorki). Parecía que el congreso no se había dado por enterado de que algunos habían abandonado el recinto. Con voz sonora Lunacharsky dio lectura a una disposición que decía: "Contando con el apoyo de la inmensa mayoría de los obreros, soldados y campesinos y por obra de la sublevación armada triunfante en Petesburgo, el Congreso asume el Poder".

"El gobierno provisional queda derrocado... El Congreso dispone: todo el poder de las localidades pasa a los Soviets de Diputados obreros, soldados y campesinos, que deben asegurar un orden verdaderamente revolucionario".

La disposición fue adoptada por la inmensa mayoría, con dos votos en contra y doce abstenciones.

## LA FRASE PRINCIPAL DE LA REVOLUCION

"Camaradas: Ahora en Rusia tenemos que dedicarnos a la edificación de un estado socialista proletario".

Luego yo mismo habría de escribir frecuentemente esa frase, calificando esas palabras de Lenin como las principales de la Revolución, pronunciadas en el Segundo Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia, reunido en la noche del 26 de octubre (8 de noviembre).

No éramos sólo Reed y yo, sino también cientos de delegados que llenaban la espaciosa sala de las columnas del Smolny, los que aquella noche veíamos por vez primera a Lenin. Cierto que podíamos haberlo visto la vis-

pera durante la reunión de líderes de la fracción bolchevique en los amplios pasillos del Smolny. Pero aunque lo hubiésemos visto no podíamos haberlo reconocido por las fotos que aparecían en la prensa. La mayoría de las fotos habían sido tomadas de los archivos de la policía zarista. Lenin aparecía con barba y con una calvicie prematura. Se había quedado calvo muy joven.

A diferencia de la primera sesión, cuya apertura fue postergada varias veces, la segunda se inició a las nueve en punto.

La mitad de la sesión transcurrió para mí como en sueños. Yo no quitaba ojo al informante, tratando afanosamente de imaginarme lo que él debía sentir en aquel instante, cuando la revolución y el partido que él dirigía se fundían, y a la cabeza de esa potente unidad, como su encarnación, aparecía él, Lenin.

Al parecer Lenin no se percataba en absoluto de todo eso y yo empezaba a sentir una sensación de irritación y desasosiego. Me parecía que le faltaba la majestuosidad correspondiente a su papel. Kerensky relata con asombrosa ingenuidad en sus memorias cuán rápidamente se derritieron las fuerzas de la resistencia y cómo se esfumaron sus esperanzas. A juzgar por esas memorias, la única preocupación de Kerensky fue demostrar que él había hecho todo lo posible para aplastar la rebelión y liquidar el Smolny y que no tenía la culpa de que eso no se hubiese logrado.

Lenin, por el contrario, jamás habló de su papel de catalizador en la Revolución. La modestia que encierra la primera frase leninista no hace más que remarcar su grandeza y entereza audaz. Un país arruinado y desangrado por cuatro años de guerra cruentísima, que había padecido destrucciones y pérdidas inútiles varias veces superiores a la de cualquiera otra potencia beligerante, y que súbitamente, después de ocho tormentosos meses de caos e indecisión del gobierno provisional inicia la construcción del socialismo.

Todavía en aquellas horas la gente fatigada, agitada por el triunfo, aunque un poco preocupada por la facilidad con que se le había dado, se encontraba un tanto inhibida. Sentados en la sala, escuchando a los oradores, los verdaderos protagonistas de la Revolución descansaban de sus fatigas de la víspera. Es posible que se asombrasen de verse todavía sentados allí. Petrogrado con sus enormes plazas y amplias avenidas era no solamente una arena ideal para la revolución —allí tenían donde operar grandes masas humanas—, sino que las mismas ventajas existían también para la contrarrevolución. La rectitud de las calles permitía perfectamente el uso de cañones y ametralladoras contra cualquier manifestación. Eso no había ocurrido y el hecho de que hubiese sucedido así aun resultaba incomprensible.

Para nosotros, norteamericanos, acostumbrados a ver otro tipo de líder político, Lenin resultaba un enigma. En nuestro país, un líder político de ese calibre está apartado del pueblo, aparece rodeado de obsequiosos astros de segunda magnitud y agentes de la policía secreta. Sus apariciones en público son objeto de prolijos preparativos por un grupo especial de protocolo; cada discurso es confeccionado por un equipo de ayudantes y todo va acompañado de una publicidad increíble.



La personalidad de Lenin nos puso en un atolladero. Se portaba con absoluta soltura y estaba desprovisto de eso que llaman sugestibilidad. Su manera de abordar las cosas hasta más grandes parecía prosaica, a primera vista.

Por ejemplo, la frase sobre la construcción del Estado socialista no figuraba en el texto que llevaba en la mano, sino que fue improvisada.

Tuvimos que acostumbrarnos a ese peculiar carácter de Lenin en el que se conjugaba la plena extrañeza de su papel con una sencillez extrema y la seguridad en sí mismo. Obviamente, eran las dos caras de una medalla, dos rasgos de la fe ilimitada en la iniciativa revolucionaria del pueblo. Esa confianza le proporcionaba una libertad asombrosa y, como tuve ocasión de comprobar más de una vez, le deparaba una gran satisfacción. Yo no me cansé de admirar esa libertad que explicaba la absoluta carencia de todo temor por su persona y la ausencia de cualquier atisbo de presunción. Esa confianza en las masas no le impedía abordar personalmente cualquier problema de los que tenía ante sí o escarbar en aquellos otros que estaban profundamente ocultos. El sentido del humor y la capacidad de alegrarse, jamás le abandonaban y se exteriorizaban en miles de detalles. En 1919, Ransom (publicista y crítico inglés, que publicó un libro titulado "Seis semanas en Rusia"), al regresar a Petrogrado, después de haber entrevistado a Lenin, escribía: "En el camino de retorno del Kremlin traté de recordar algún político de su calibre que tuviese un carácter tan alegre como él, pero no pude recordar ninguno". Ransom lo explica diciendo que Lenin es el "primer líder de talla que no concede la menor importancia a su persona".

Lenin terminó su intervención y la sala se avanzó en oleadas interminables de aplausos hasta culminar en ovación. En las últimas filas se oyeron exclamaciones de "Viva Lenin" y la sala empezó a corear "¡Lenin! ¡Lenin! . . ."

A las 10,35, el presidente sometió la moción a votación. El llamamiento a los pueblos y gobiernos de los países beligerantes fue adoptado por unanimidad. Un delegado levantó la credencial para votar "en contra", pero el rumor desaprobatorio le forzó a bajarla de inmediato.

Así culminó. El primer decreto del nuevo poder quedaba aprobado. La gente sonreía, sus ojos brillaban y las cabezas se erguían orgullosas. ¡Había que ver aquel espectáculo! Un gobierno que todavía no se había constituido formalmente y que, sin aguardar la convocatoria de la Asamblea Constituyente, formula una propuesta de paz dirigida al mundo. (Al poco tiempo habríamos de ver a Woodrow Wilson, que incapaz de ignorar esas propuestas, las repitió, prácticamente, en sus 14 puntos).

A mi lado se alzó un soldado alto y con lágrimas en los ojos abrazó a un obrero, que también se había levantado de su asiento y aplaudía frenéticamente. Un marino menudo y enjuto lanzaba al aire su gorra. A juzgar por las cintas debía ser de la Flota del Báltico, posiblemente fuese uno de aquellos ante los cuales habíamos hablado Reed y yo algunas semanas antes. Un guardia rojo de Vyborg con los ojos de cansancio y fatiga y el rostro sin afeitar, echó una mirada a su alrededor y

persignándose dijo en voz queda: "Ojalá termine la guerra".

Lenin volvió a ocupar la tribuna. La agitada sala se tranquilizó, los delegados de provincias se inclinaron hacia adelante con los rostros serios: se estaba decidiendo la cuestión de la tierra.

Lenin empezó hablando sin mirar el texto. Su cabeza calva estaba un poco inclinada hacia adelante, en el rostro, sin barba ni bigote como aparecerían siempre en adelante, se destacaba su boca y el enérgico mentón. El desarrollo de la rebelión armada, la segunda revolución de Rusia, demostraba claramente que la tierra debía ser entregada a los campesinos. El gobierno recién derrocado y la dirección conciliadora de los social-revolucionarios y mencheviques habían cometido un crimen, "bajo diversos pretextos habían aplazado la solución de la cuestión agraria y con ello habían empujado al país a la ruina y a la sublevación campesina".

En tono mesurado, como si se tratase del programa agrario bolchevique de 1905, Lenin dijo una cosa completamente inesperada. Como algo completamente natural, señaló que el decreto incluía un mandato campesino, redactado en base a 242 mandatos de Soviets de diputados campesinos locales. El decreto contenía más bien lo que pensaban y querían los campesinos, que lo que históricamente habían trazado para aquéllos los bolcheviques. "El usufructo de la tierra deberá ser igualitario, es decir, la tierra se distribuirá entre los trabajadores considerando las condiciones locales, en base a un criterio laboral o de consumo". ¡Qué asombro! Todo eso después de lo que Marx había escrito de Proudhon y Bakunin, denunciando el absurdo de sus consignas "igualitarias". Lo mismo que en el decreto de la paz, Lenin subrayaba conscientemente aquello que era comprensible para cualquier demócrata, para cualquier campesino o soldado.

"En Rusia ahora debemos dedicarnos a construir un estado socialista proletario". Era esa una frase sencilla, pero que resumía épocas enteras de la historia pasada y futura de la humanidad. Esas palabras reflejan las grandes metas de la revolución, el renacimiento de toda la humanidad. Sirvieron para guiar la inteligencia y las energías del pueblo a la edificación de una sociedad nueva, cimentada en nuevos principios económicos, en una nueva ética. Esta ética, congruente con la aparición de un hombre nuevo, de un nuevo modo de vida, viene creándose desde lejos, a lo largo de siglos y encarna los afanes de los pensadores más avanzados de decenas de generaciones y no está tan lejos de la ética configurada en los marcos de las tradiciones judeo-cristianas, hacia la cual, en esencia, apunta también el marxismo.

Marx y Engels no solamente criticaron a los filósofos occidentales, desde Platón a Feuerbach, sino que repetidas veces se consideraron deudores de ellos, a pesar de la imponente audacia de la tesis que dice "hasta ahora los filósofos no han hecho más que explicar el mundo, nuestra tarea consiste en transformarlo".

Y he aquí que, por primera vez en la historia, los sueños de los poetas (Shelley, Byron, Keats, Nekrasov, Pushkin), de los profetas y soñadores hebraicos, de los primeros mártires de las catacumbas y de los filósofos humanistas, cayeron en manos de hombres con senti-

do realista, templados en la lucha y pertrechados con la teoría marxista. Yo no pude compartir con ellos la idea de que su teoría es ciencia, pero cualquiera que sea la actitud hacia ella, no puede uno dejar de reconocer que se trata de una teoría humanista.

¿Será posible plasmar ese sueño? ¿Habrá condiciones para llevarlo a cabo? Para el experimento tienen a su disposición la sexta parte del globo terráqueo y en el papel de ex-

perimentador en jefe, a un hombre que supo contagiar su fe en la iniciativa popular como factor decisivo del triunfo, al hombre a quien su amor le dio derecho a dirigir.

A las dos de la madrugada se puso a votación el decreto sobre la tierra. Hubo un solo voto en contra. Los campesinos deliraban de entusiasmo.

Eran casi las siete de la mañana cuando subimos al tranvía para retornar al hotel.

## Condiciones objetivas y el factor subjetivo en la Revolución de Octubre

Por Grigori Glezermán (\*)

**C**UANTO más nos aleja el impetuoso torrente del tiempo de los días de octubre de 1917, con mayor brillo se perfila el significado de este gran jalón en la historia de la humanidad. La revolución, iniciada hace medio siglo en un solo país, en Rusia, se alza hoy palpable, como un viraje profundísimo que sentó el comienzo de una nueva época de la historia universal: el tránsito del capitalismo al socialismo y el comunismo en escala mundial.

En el curso de la revolución, la teoría marxista-leninista del proceso histórico fue probada en la práctica, confirmada y, al mismo tiempo, enriquecida con una nueva experiencia. En base a la misma, como a la experiencia de las revoluciones precedentes V. Lenin descubrió la ley fundamental, según la cual la revolución no es posible sin una crisis nacional (que atañe a los explotadores y a los explotados). V. Lenin enfocaba la revolución como el resultado de la aglutinación de determinadas condiciones objetivas y el factor subjetivo.

Tal planteamiento de la cuestión facilita comprender asimismo la necesidad objetiva de la Gran Revolución Socialista de Octubre y el papel del Partido Comunista, su estrategia y táctica en la realización de la revolución.

### I

Una de las "muletillas" del anticomunismo actual es la negación de que la Revolución de Octubre esté sujeta a una ley, es representarla como cierto "caso" de la historia, como resultado de un entrelazamiento de casualidades. Para fundamentar esta tesis falsa, con frecuencia se contraponen el leninismo al marxismo.

Como es sabido, le pertenece a Marx la demostración de que es inevitable la revolución socialista y la extinción del capitalismo. Marx demostró que la revolución socialista es el resultado objetivo y la única vía para solucionar las contradicciones internas del capitalismo, que este último crea por sí mismo tanto a las premisas materiales de la revolución como a su enterrador: el proletariado. De ahí derivaba que la revolución socialista está ló-

gicamente condicionada por el desarrollo de las contradicciones del capitalismo.

Igual es la posición de Lenin, quien continuó y desarrolló la fundamentación teórica de la condición objetiva de la revolución dada por Marx, aplicándola a la nueva época. Lenin mostró que el imperialismo es la víspera de la revolución socialista, que en esta época la revolución proletaria es prácticamente inevitable. Le pertenece a él el análisis del capitalismo monopolista de Estado, al que consideraba como la plena preparación material del socialismo.

Por lo tanto, las posiciones de Marx y de Lenin son equivalentes.

Entretanto, el truco característico de los actuales "críticos" del marxismo consiste en una contraposición de Lenin a Marx. Muchos sociólogos occidentales, como por ejemplo, el profesor canadiense H. Mayo, el conferencista de la Universidad de Oxford J. Plamenatz y otros, declaran que la revolución no tuvo lugar donde debía haberse hecho según la teoría marxista. Marx la esperaba en los países más desarrollados del capitalismo, en cambio la revolución triunfó primero en un país relativamente atrasado: en Rusia. Por eso, a juicio de ellos, la Revolución de Octubre, lejos de confirmar, refuta el marxismo.

Pero más adelante se presenta ante semejantes autores la siguiente incógnita: ¿por qué, no obstante, la revolución se hizo en Rusia? Responden que ello se debe a la voluntad de Lenin y su partido, a que Lenin, al organizar la revolución en Rusia, desmintió el determinismo de la teoría marxista. Afirman que Marx habría puesto el acento en la evolución económica, en tanto que Lenin, en la voluntad y en la conciencia. Así por ejemplo, Carew Hunt, uno de los críticos del marxismo, enuncia que Lenin habría comunicado

(\*) El profesor Grigori Glezermán es doctor en Filosofía, doctor en Ciencias de la URSS, y jefe de la cátedra de Filosofía de la Academia de Ciencias Sociales. El artículo que reproduce PF encabeza una colección de trabajos editados bajo la forma de un libro, "El Gran Octubre y el proceso revolucionario universal", publicado en Moscú recientemente.



**Mijail Frunze, comandante en jefe de la agrupación Sur de las tropas del Frente Oriental (al centro), con colaboradores de la dirección operativa del Estado Mayor examinando el mapa del frente (1919).**

presuntamente a la doctrina marxista una orientación voluntarista.

Sustenta la misma posición el conocido sociólogo anticomunista norteamericano Sidney Hook, quien asevera que la revolución habría sido hecha en Rusia por la fuerza de decretos políticos, independientemente de "determinismos históricos" de índole alguna, e inclusive pese a ellos<sup>1</sup>.

Por supuesto que todo esto son invenciones, basadas en la tergiversación del marxismo-leninismo. Tanto en Marx como en Lenin encontramos una posición, idéntica en principio, ante el problema cardinal acerca de la correlación de las condiciones objetivas y el factor subjetivo. Según los conceptos de ambos, el papel determinante en la historia lo desempeñan las condiciones objetivas, de las cuales en última instancia depende también el desarrollo del factor subjetivo. Al propio tiempo, el factor subjetivo posee una independencia relativa, y en determinadas condiciones históricas, a saber: al existir todas las premisas objetivas, puede adquirir un papel decisivo, en la conquista de la victoria de la revolución.

Lenin siguió desarrollando estas tesis gene-

rales vinculándolas con la nueva época histórica, y también teniendo en cuenta a los nuevos adversarios contra los que hubo de luchar.

En la época de Marx y Engels no habían madurado aún las premisas objetivas para la revolución socialista. Lo testimoniaba, en particular, la derrota de la Comuna de París, debida no sólo a los errores cometidos por los comuneros, sino también a ciertas causas objetivas, y en especial, a la insuficiente madurez de desarrollo del capitalismo.

En la época del imperialismo, como demostró Lenin, el sistema capitalista mundial ya había madurado suficientemente en su totalidad para la revolución socialista del proletariado. A raíz de ello la culminación de la revolución comenzó a depender, en mayor medida que antes, del grado de madurez del factor subjetivo. Si se dan las premisas objetivas para la revolución, el papel del factor subjetivo aumenta conforme a la ley. Por eso precisamente Lenin asignaba una enorme atención al estudio del problema sobre el papel del factor subjetivo.

Hubo otro aspecto que determinó que Lenin centrara la atención en este problema: es el relacionado con la posición de los adversarios que se vio obligado a criticar. Marx y Engels luchaban esencialmente contra las formas premarxistas de socialismo y la concepción

<sup>1</sup> S. Hook, "Historical determinism and political fiat in soviet communism", *PROCEEDINGS OF AMERICAN PHILOSOPHICAL SOCIETY*, vol. 99, N. 1, 1955.



idealista del mundo que heredaran de ellas los anarquistas, blanquistas y otros. Sólo en la postrimería de estos dos grandes hombres apareció en la arena un nuevo enemigo: el reformismo, el oportunismo de derecha, cuya base teórica era el materialismo económico vulgar.

En la época en que vivió y actuó Lenin la situación había cambiado. Entre los "economistas" mencheviques, bernsteinianos y kautskianos rusos, cuya ideología se convirtió en orientación predominante en la II Internacional, se divulgó la teoría de la espontaneidad. Y aunque Lenin hubo de combatir contra los eseristas, los anarquistas y los ultraizquierdistas, los adversarios principales en ese período seguían siendo los predicadores de la teoría de la espontaneidad, quienes tergiversaban el marxismo en el espíritu del materialismo vulgar. La necesidad de criticar a estos enemigos también requería un ulterior estudio del problema acerca del papel del factor subjetivo en la historia.

Se sobreentiende que el reconocimiento del creciente papel del factor subjetivo no puede identificarse con el subjetivismo, como tratan de presentarlo los adversarios del marxismo. Existe una diferencia de principio entre el reconocimiento del creciente papel del factor subjetivo y su absolutización, propia del voluntarismo.

El leninismo reconoce el creciente papel del factor subjetivo en relación con la madurez de las condiciones objetivas para la revolución. Los subjetivistas, en cambio, atribuyen al factor subjetivo el papel determinante, cualesquiera sean las condiciones, lo cual los lleva a menoscabar las leyes objetivas.

Semejante posición fue criticada por Lenin en repetidas oportunidades. Baste recordar su informe en la Conferencia de Abril de 1917, en el que dijo: "Para un partido proletario no hay un error más funesto que basar su táctica en deseos subjetivos"<sup>2</sup>. Es notorio que Lenin recaló en múltiples ocasiones la necesidad de tomar estrictamente en cuenta las condiciones objetivas en su integridad. Consideraba que ello era una condición imprescindible de madurez y de feliz actividad del factor subjetivo.

## II

El análisis de las condiciones objetivas que se dieron en Rusia y el grado de madurez del factor subjetivo permiten dar una respuesta científica al interrogante: ¿por qué la revolución socialista triunfó primero en este país?

En el artículo *La Tercera Internacional y su lugar en la historia*, correspondiente a 1919, V. Lenin indicaba que la historia había puesto de manifiesto la contradicción entre el atraso de Rusia y su "salto" a la forma superior de democratismo: a la democracia socialista. Como resultado de ese salto, nuestro país resultó por su régimen político-social, delante de otros países, y pasó a la vanguardia del progreso histórico.

¿Cómo pudo ocurrir —se preguntaba Lenin— que el primer país que llevó a efecto la dictadura del proletariado haya sido uno de los países europeos más atrasados?

"Cualquier marxista, e incluso cualquier

persona que conozca la ciencia moderna en general, a quien preguntásemos: "¿Es verosímil que los diversos países capitalistas pasen a la dictadura del proletariado de un modo uniforme o armónicamente proporcional?", nos contestaría, sin duda alguna, que no. En el mundo capitalista no ha existido nunca, ni pueden existir jamás, la uniformidad, la armonía ni la proporcionalidad. Cada país ha ido desarrollando con especial relieve, ya en un otro aspecto o rasgo, o un grupo de cualidades del capitalismo y del movimiento obrero. El proceso de desarrollo siguió un curso desigual"<sup>3</sup>.

Una manifestación de esa desigualdad de desarrollo histórico fue el desplazamiento, a principios del siglo XX, del centro del movimiento revolucionario mundial a Rusia. En 1877 Marx escribía: "Esta vez la revolución comenzará en Oriente, ciudadela intacta hasta ahora y ejército de reserva de la contrarrevolución"<sup>4</sup>. Esa revolución, enfilada contra el zarismo y las secuelas del régimen de servidumbre, según suposición de los fundadores del marxismo debía servir de señal para la revolución proletaria en Occidente. En el prólogo a la edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista* (1882) Marx y Engels dijeron directamente que Rusia era el destacamento de vanguardia del movimiento revolucionario en Europa.

Por aquellos tiempos, el movimiento revolucionario revestía aún en Rusia, en lo fundamental, un carácter democrático. Mas a fines del siglo XIX, en Rusia comenzó a avanzar al proscenio de la lucha revolucionaria la clase obrera. El movimiento obrero ruso hubo de pasar por dificultades de tal envergadura que, en comparación con ellas, el período de doce años de vigencia de la ley de excepción contra los socialistas en Alemania parece una prueba relativamente fácil. Mas en esas dificultades se forjaba y vigorizaba el proletariado ruso, adquiría las cualidades indispensables al destacamento que se ponía a la vanguardia del proletariado internacional. En Rusia se constituyó por primera vez un partido de nuevo tipo: el partido combativo y revolucionario de los bolcheviques, cardinalmente opuesto a los partidos de la II Internacional. En 1902, en la obra que lleva el título programático *¿Qué hacer?*, Lenin declaraba que la historia había planteado ante el proletariado ruso la tarea más revolucionaria de todas las tareas inmediatas del proletariado de cualquier país. El cumplimiento de la misma debía convertir a la clase obrera de Rusia en la vanguardia de la clase obrera revolucionaria internacional<sup>5</sup>.

En Rusia, donde la opresión capitalista se entrelazaba con la opresión de los terratenientes, las contradicciones sociales resultaron ser más agudas y profundas, lo cual contribuía a revolucionar a las masas. Ello permitió al partido proletario lograr la fusión —en un solo torrente revolucionario— de la lucha socialista del proletariado con la lucha democrática campesina por la tierra, con el movimiento de liberación nacional, etc. El proletariado de

3 V. I. Lenin. OBRAS COMPLETAS, Buenos Aires, 1960, t. 29, pág. 302.

4 C. Marx y F. Engels. CARTAS ESCOGIDAS, Moscú, 1953, pág. 311 (ed. rusa).

5 Véase V. I. Lenin. OBRAS COMPLETAS, Buenos Aires, 1959, t. 5, pág. 380.

2 V. I. Lenin. OBRAS COMPLETAS, Buenos Aires, 1957, t. 24, pág. 231.

Rusia, al unir en torno de sí a las amplias masas del pueblo, barió en febrero de 1917 el bastión de la reacción; el zarismo, y al cabo de unos meses terminó para siempre con el dominio del capitalismo en nuestro país.

En relación con ello, surge un importante problema: hacer una justa apreciación de la Rusia atrasada y su influencia en el desarrollo del proceso revolucionario. La posición de los mencheviques y de los líderes de la II Internacional al respecto era muy simple. Según ellos, el atraso de un país es un obstáculo invencible para la revolución. Y si se hace la revolución en Rusia, ésta deberá perecer infaliblemente en virtud de que no han madurado aún para ella las condiciones objetivas.

En esencia, esa era la misma posición que sustentaban los trotskistas, así como los comunistas "de izquierda", con la única diferencia de que ellos, al conformarse con que la revolución pereciera inevitablemente debido al atraso de Rusia, buscaban la solución en encender el fuego de la revolución mundial con acciones aventureras de cualquier índole. Veían en la revolución mundial la única salvación del socialismo en Rusia.

Paralelamente a éste, se manifiesta otro punto de vista, según el cual el atraso es el motor de la revolución. Esta afirmación es tan ajena al leninismo como la posición de los mencheviques. Cuando Bujarin afirmaba en su libro **Economía del periodo de transición** que el proceso revolucionario mundial comienza por sistemas de economía nacional inferiores por su nivel, y que la velocidad de la ofensiva de la revolución es inversamente proporcional a la madurez de las relaciones capitalistas, Lenin se pronunció resueltamente contra semejante punto de vista. Subrayó las mencionadas palabras del libro de Bujarin, y escribió en los márgenes que, en lugar de "por sistemas inferiores", habría que decir "no por los superiores" y en lugar de "inversamente proporcional", "no en modo preciso directamente proporcional"<sup>6</sup>.

Algunos adversarios contemporáneos del leninismo la consideran una doctrina basada en la "dialéctica del atraso". El anticomunista norteamericano A. Meyer atribuye a Lenin la idea de que "el atraso es el factor causal decisivo de los cambios". Este concepto contradice la real posición del leninismo.

El leninismo no considera, en modo alguno, que el atraso de un país es condición para la revolución socialista. Esta revolución sólo es posible si existe una clase obrera constituida y suficientemente fuerte como fuerza motriz principal y hegemónica del viraje revolucionario. Por eso no pudo realizarse primeramente en los países más atrasados, donde el proletariado no se había constituido aún. En cuanto a Rusia, Lenin acentúa con precisión que "sin un determinado nivel del capitalismo, no nos hubiera resultado nada"<sup>7</sup>.

¿Qué elementos forman parte de las condiciones objetivas de la revolución socialista?

En primer término, las premisas materiales, o sea, una determinada madurez económica del capitalismo. La obra leninista **La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla** y varios otros trabajos están dedicados al aná-

lisis de las premisas económicas de la Revolución de Octubre en Rusia. Lenin mostró que en aquel entonces el capitalismo monopolista de Estado ya había alcanzado en Rusia un desarrollo relativamente alto y que ello creaba las condiciones objetivas para el tránsito al socialismo.

En segundo lugar, para la revolución socialista es preciso que se den las premisas de clases y, ante todo, que exista una clase obrera suficientemente vigorosa y sus aliados.

Durante medio siglo de desarrollo capitalista en Rusia, el proletariado fabril creció numéricamente en 3,9 veces, además, a pesar del atraso económico general del país, más de la mitad de los obreros (en 1915, el 56,5%) estaban concentrados en grandes empresas, donde se distinguían por su mayor actividad revolucionaria y espíritu de organización.

En tercer lugar, es una condición objetiva de la revolución la agudización de las contradicciones, tanto internas como exteriores, del régimen caduco. Para ello, debe tenerse en cuenta, ante todo, la intensidad de las contradicciones en el país, dado, en comparación con los otros países, lo cual se expresa con el concepto del eslabón débil en la cadena del imperialismo. Bajo el imperialismo, cuando el desarrollo económico y político desigual de los países capitalistas se intensifica hasta el máximo, se da la posibilidad de abrir una brecha en los eslabones más débiles del frente del imperialismo. Uno de esos eslabones resultó ser Rusia, pues se había convertido en el nudo de contradicciones del imperialismo mundial. Mas ello no significaba que en un país así es posible hacer la revolución en cualquier momento.

Se debe tomar en consideración asimismo la exacerbación de las contradicciones en el momento concreto, en la etapa concreta. Ello se expresa con el concepto de situación revolucionaria. Existen factores más o menos permanentes que ejercen su influencia en el desarrollo del proceso revolucionario durante un prolongado periodo, que comunican una agudeza especial a las contradicciones en el país dado, y existen circunstancias, por así decirlo, fluctuantes, vinculadas con determinadas condiciones concretas. Estas últimas circunstancias son las que Lenin definió con el concepto de **situación revolucionaria**.

De ello se deduce que las premisas materiales y las objetivas de la revolución no son la misma cosa. Entre las primeras figura, en primer término, la madurez económica del país, su preparación económica para las transformaciones socialistas. Pero las premisas objetivas de la revolución son una concepción más amplia, que lleva implícita también la correlación de las fuerzas de clases.

Si comparamos desde este punto de vista a Rusia y a los países capitalistas de Europa occidental, podremos advertir que la maduración de las condiciones para la revolución se producía de un modo en extremo desigual. En Occidente había más premisas técnico-materiales para el socialismo, mas las premisas de clases resultaron estar más maduras en Rusia, donde, además, existía una mayor madurez del factor subjetivo.

Entre los elementos de la situación revolucionaria ocupan un importante lugar los cambios en la vida política del país: una crisis de poder, el hecho de que las clases dominantes ya no puedan gobernar al mo-

<sup>6</sup> RECOPIACION LENINISTA, Moscú, 1931, t. XI, página 398 (ed. rusa).

<sup>7</sup> RECOPIACION LENINISTA, Moscú, 1931, t. XI, página 397 (ed. rusa).



do antiguo, y una crisis de las capas bajas, que se expresa en que las masas ya no quieren vivir como antes.

La situación revolucionaria forma parte de las condiciones objetivas de la revolución. Ocurre que la crisis política y otros elementos de la situación revolucionaria son dados como condiciones objetivas de la revolución que el partido debe tener presente. Lenin subrayaba que el comienzo de la situación revolucionaria no depende de la voluntad, no ya de grupos o partidos aislados, sino tampoco de clases aisladas.

La situación revolucionaria puede producirse por las causas más variadas, no únicamente por el agravamiento de la indigencia y las desgracias de las masas, sino inclusive, por ejemplo, por un conflicto racial u otros motivos o por acciones de las fuerzas reaccionarias. Mas la agudización de las contradicciones de clases es siempre un elemento imprescindible de la situación revolucionaria. Ello se refiere también a los casos en que la revolución se desarrolle de un modo relativamente pacífico.

Sería incorrecto pensar que durante el desarrollo pacífico de la revolución su incremento puede producirse en forma de evolución. Obligatoriamente se darán circunstancias en que irá en ascenso la resistencia de las fuerzas reaccionarias, en que se produzcan determinadas crisis, pero la revolución seguirá avanzando a través de esas crisis. El desarrollo de la revolución no es un proceso liso y llano. Por lo demás, la revolución puede culminar victoriosa sólo cuando a las condiciones objetivas se sume un correspondiente desarrollo del factor subjetivo, es decir, el espíritu de organización y de conciencia de las masas, dirigidas por un partido experto y templado en las batallas.

### III

Los críticos burgueses del marxismo-leninismo plantean a veces esta cuestión: ¿quién es el sujeto de la revolución: la clase o el partido?. Algunos de ellos afirman que para Marx la clase aparecía como sujeto de la revolución, y para Lenin, el partido. Hay quien formula esta idea en los términos siguientes: "el leninismo es "partidismo", el marxismo no lo es". Otros aseveran que el leninismo transfiere al partido la tarea que Marx consideraba misión de la clase obrera.

Por supuesto que estas afirmaciones no pasan de ser conjeturas de estos críticos. Tampoco en este problema existe una divergencia entre Marx y Lenin, por lo contrario, la posición de ambos es idéntica.

El sujeto de la revolución, es decir, la fuerza de clase que se pronuncia como creadora de la revolución, es la clase obrera. El concepto de sujeto de la revolución responde a la pregunta: ¿quién es el portavoz de las transformaciones revolucionarias, quién es capaz, por su posición, de hacer la revolución? En la revolución socialista ese papel lo desempeña la clase de los proletarios junto con sus aliados, a los que conduce en pos de sí.

El concepto del factor subjetivo es algo más restringido. Se entiende por factor subjetivo la actividad consciente de los individuos, clases, partidos que luchan por determinados objetivos, en cumplimiento de sus ideales. Esta lucha consciente se hace posible merced a que

existe un partido, merced a que el partido ayuda a la masa de la clase a tomar conciencia de sus tareas históricas, de su misión histórica y organiza a las masas a luchar por su realización. Por eso no existe terreno alguno que permita enfrentar el partido a la clase. El marxismo-leninismo reconoce que es imposible sustituir las acciones de clase por las acciones del partido, y mucho menos por su cumbre dirigente. Tales tentativas redundan en una posición sectaria, en el aventurerismo. Pero, al mismo tiempo, es imposible sustituir el partido y su actividad organizadora por las acciones de clase. Si se intentara hacerlo, ello derivaría en la teoría y la práctica de la espontaneidad, en una negación —fatal para la revolución— del papel dirigente y organizador del partido.

Por cierto, en el proceso de maduración de la revolución deben combinarse las condiciones objetivas con el factor subjetivo, los procesos espontáneos de incremento de la crisis revolucionaria y la preparación consciente de las acciones decisivas.

Sidney Hook, uno de los anticomunistas ya citados, asevera que los comunistas no son comandonas de la revolución social que esperan su nacimiento, sino ingenieros o especialistas profesionales de la revolución en cualquier momento, en cualquier lugar. Estas son, por supuesto, otras tantas conjeturas como las reflexiones ya mencionadas de S. Hook.

Lenin subrayó más de una vez que no se puede fijar la revolución. Se puede fijar la insurrección armada, cuando ya maduraron las condiciones para ello, pero no se puede fijar la revolución, porque ésta se basa en la maduración de ciertos procesos espontáneos que llevan a una modificación de la correlación de las fuerzas de clases. La estrategia y táctica leninistas de preparación para la Revolución de Octubre es un ejemplo clásico de cómo debe saber el partido apoyarse en el auge espontáneo, realizar el pronunciamiento decidido en el momento preciso, para asestar un golpe al enemigo en el lugar más débil y con fuerzas aplastantes. Puede decirse que la Revolución de Octubre no hubiera podido triunfar de no haber existido esa exactitud de pronóstico leninista, que señaló correctamente el momento decisivo del pronunciamiento, de no haber existido toda la actividad organizadora del partido para la preparación del asalto del gobierno burgués.

La fusión de las condiciones objetivas favorables con las acciones justas del factor subjetivo aseguraron la victoria de Octubre. El papel del factor subjetivo no sólo es inmenso en la conquista del triunfo político, sino también en la solución de todas las demás tareas de la revolución. La revolución socialista lleva implícito un viraje político, económico y cultural. Todas estas transformaciones pueden interpretarse como un proceso de profundización de la revolución. La revolución política puede realizarse en un plazo breve, pero las transformaciones económicas y culturales son cambios más profundos del régimen social, que requieren un plazo más prolongado. En el País soviético duró, por lo menos, dos decenios. En relación con el ahondamiento de la revolución, crecen también en proporción las masas que se convierten en activas creadoras de los cambios, se incrementa el papel de la conciencia de las masas, su actividad, iniciativa, y, al propio tiempo, cre-



ce la importancia de la dirección de las masas, o sea, el papel del Partido Comunista. Por eso, todo el proceso de desarrollo de la revolución, desde su triunfo en los históricos días de Octubre de 1917, es un proceso en el que iba en aumento el papel del partido, el papel de la lucha organizada de las masas y, en consecuencia, alzó en toda su magnitud el papel histórico del factor subjetivo.

Haciendo un análisis de la Gran Revolución Socialista de Octubre, Lenin subrayaba que en Rusia en 1917, en virtud de toda una serie de condiciones objetivas y de premisas subjetivas, era más fácil iniciar la revolución que en Occidente. Entre esas condiciones, Lenin mencionaba la circunstancia de que el atraso político de la monarquía zarista, poco común para Europa del siglo XX, provocaba una fuerza extraordinaria del impulso revolucionario de las masas y el hecho de que la revolución proletaria contra la burguesía se había fusionado con la guerra campesina contra los terratenientes. La escuela de lucha cursada en el año 1905 por las masas revolucionarias fue "un ensayo general" de la revolución de 1917. La alianza de la clase obrera con las masas campesinas y su influencia sobre las capas semiproletarias del campesinado facilitaron el tránsito de la revolución democrático-burguesa a la socialista.

También desempeñó un ingente papel el hecho de que, por iniciativa revolucionaria de las masas, fueran constituidos los Soviets, como forma nueva de organización revolucionaria, convertida más tarde en la base del poder político. Lenin señalaba asimismo la importancia de factores tales como la relativa debilidad de la burguesía rusa, la ausencia en ella de una experiencia tan grande de gobierno como tenía la burguesía de Inglaterra y Francia. Un determinado papel desempeñaron las condiciones favorables geográficas de Rusia, que le permitieron mantenerse más tiempo que a otros países contra la supremacía militar de los países capitalistas desarrollados.

En virtud de todas estas causas, como señalara Lenin, a los rusos les fue más fácil comenzar la revolución que en Occidente, pero más difícil continuarla y llevarla hasta el triunfo definitivo, en el sentido de una plena organización de la sociedad socialista. Esta dificultad se debía, en primer término, a la circunstancia de que las premisas técnico-materiales para el socialismo estaban en Rusia menos maduras que en Occidente. En 1920, cuando nuestro país, por su régimen político, había dejado muy atrás a todos los demás Estados, pero seguía siendo aún en extremo atrasado en el aspecto económico, V. Lenin no consideraba excluida la probabilidad de que, en caso de que triunfara la revolución socialista aunque sólo fuera en uno de los países económicamente desarrollados, "Rusia se convertiría poco después de ello, no en un país modelo, sino de nuevo en un país atrasado (en el sentido "soviético" y socialista)"<sup>8</sup>. Lenin incluso suponía que la Rusia soviética sólo había resultado por un breve plazo delante de los otros Estados. Mas la revolución en los países capitalistas avanzados se retrasó. Al mismo tiempo, Rusia soviética, siguiendo por el camino trazado por Lenin, tuvo tiem-

po de utilizar el poder político conquistado en los días de Octubre para realizar transformaciones económicas, para superar el atraso económico, llevar a efecto la industrialización de toda la economía nacional y la colectivización del campo, así como hacer la revolución cultural. Esto es lo que hizo del País soviético, pese a todas las dificultades y los defectos, un "ejemplo" de edificación socialista para los demás países, en el sentido al que se refiriera Lenin.

En su tiempo V. Lenin indicaba que al proletariado ruso le había tocado en suerte el gran honor de "comenzar". Ahora puede añadirse a ello que a la clase obrera y a los trabajadores del País soviético les ha tocado en suerte no sólo el honor de comenzar el tránsito del capitalismo al socialismo, sino, por primera vez en la historia, construir la sociedad socialista en una sexta parte de la Tierra. Como dice el Programa del PCUS "gracias al trabajo abnegado del pueblo soviético y a la labor teórica y práctica del Partido Comunista de la Unión Soviética, el género humano cuenta con una sociedad socialista existente en la realidad y con una ciencia de la construcción del socialismo comprobada en la práctica. La vía magna que lleva al socialismo está trazada. Por ella avanzan ya muchos pueblos y, tarde o temprano, todos habrán de seguirla".

Los pueblos de la Unión Soviética fueron los primeros en resolver el problema más fácil, pero también otro más arduo: el problema de superar el atraso y reestructurar todo el país sobre la base socialista. Es ésta una verdadera proeza del pueblo soviético y de su partido, que ejerció enorme influencia en toda la marcha de la historia mundial. El hecho de que cuando el fascismo se afianzó en el centro de Europa, el socialismo ya había ganado una victoria decisiva, tuvo inmensa importancia para los destinos de toda la humanidad, porque la Unión Soviética pudo resistir a la ola fascista que había inundado gran parte de Europa. El resultado de la derrota de las hordas hitlerianas por el Ejército Soviético durante la segunda guerra mundial fue, en última instancia, un cambio radical en la correlación de las fuerzas del socialismo y el capitalismo en el mundo entero. Hoy, junto con la Unión Soviética, construyen la nueva sociedad otros países de la comunidad socialista mundial.

La Revolución de Octubre se convirtió en punto de viraje en la historia de la humanidad. En el Campo de Marte de Leningrado —ciudad cuna de la revolución— en las lápidas de granito al pie del monumento a los combatientes revolucionarios, está cincelada esta inscripción: "Contra la riqueza, el poder y el saber para un país, librásteis la guerra y con honor caístéis, para que la riqueza, el poder y el conocimiento se convirtieran en suerte de todos". La Revolución de Octubre abrió al pueblo, por primera vez en la historia, las puertas de la riqueza, del poder y del saber, y los hizo patrimonio de los trabajadores. Esta es la razón de que el cincuentenario de esta revolución lo celebren no sólo los pueblos del País soviético. Es una fiesta de las fuerzas revolucionarias del mundo entero, cuyas esperanzas y anhelos se vieron encarnados en la Gran Revolución Socialista de Octubre y en su conquista principal: la sociedad socialista, creada con tenaz trabajo y lucha.

<sup>8</sup> V. I. Lenin. OBRAS COMPLETAS, Buenos Aires, 1960, t. 31, pág. 15.

# La construcción del comunismo y el proceso revolucionario actual (\*)

## I

**L**A Gran Revolución Socialista de Octubre inició una nueva época en el desarrollo de la humanidad, la época de la transición del capitalismo al socialismo. Sacudió hasta los cimientos el edificio del capitalismo mundial y encauzó un país, antes sumido en la miseria, por el camino del socialismo, demostrando prácticamente que los trabajadores pueden pasarse sin terratenientes y capitalistas y construir un mundo de la igualdad y libertad para todos. "Tenemos derecho a enorgullecernos y estamos orgullosos de que nos haya tocado en suerte **iniciar** la construcción del Estado soviético, **iniciar** así una nueva época de la historia universal, la época de la dominación de una **nueva** clase, oprimida en todos los países capitalistas, y que en todas partes avanza hacia una vida nueva, hacia la victoria sobre la burguesía, hacia la dictadura del proletariado y la liberación de la humanidad del yugo del capital, de las guerras imperialistas".<sup>1</sup>

Repasando el período de medio siglo transcurrido, podemos afirmar con certeza que en todas sus fases, la sociedad soviética se desarrolló por una línea ascendente. Es cierto que ha tenido y tiene algunas dificultades, pero de todos modos queda en pie, que, de una etapa a otra, fue creciendo el poderío económico del Estado soviético y afianzándose la alianza de la clase obrera y los campesinos, la unidad político-moral de la sociedad, la amistad de los pueblos y los lazos de solidaridad proletaria. En esto se manifiesta la fuerza ingente del Partido Comunista de la Unión Soviética.

He aquí uno de los numerosos hechos. Al empezar el cumplimiento del primer plan quinquenal, el país generaba 5 mil millones de kwh de electricidad, mientras que ahora, la sola central hidroeléctrica del Volga produce anualmente dos veces más; en 1965 se generaron en total 507 mil millones de kwh, 101 veces más que en 1928. Crecen a un ritmo impetuoso también otras ramas de la economía. Todo esto ha sido posible gracias a los esfuerzos heroicos del pueblo y a las grandes ventajas del socialismo.

Lenin decía que el comunismo es una formación económico-social que se debe enfocar siempre de manera concreta, en su desarrollo dialéctico, y ver la madurez económica de la nueva sociedad en sus diversas etapas.

Guiándose por estas indicaciones de Lenin, el XXIII Congreso del PCUS puso de relieve en todos los aspectos los resultados del trabajo creador del Partido y el pueblo y las perspectivas del progreso ulterior.

El país de los Soviets ha recorrido, desde octubre de 1917, un camino de victorias admirables, aunque nada fácil. La Rusia económicamente atrasada, un país del arado y la grada de madera, se ha convertido en brevísimos plazos históricos en una pujante potencia industrial con la gran agricultura so-

cialista, en lucero de la ciencia y la cultura.

Lenin probó teóricamente la posibilidad de que, en la época del imperialismo, el socialismo empezara triunfando en unos cuantos países capitalistas o incluso en uno solo. La historia ha confirmado esta conclusión. La URSS dejó atrás ya hace mucho el período de paso del capitalismo al socialismo, siendo de notar que muchos de sus pueblos han dado un salto gigantesco, salvando las relaciones capitalistas. El socialismo ha triunfado completa y definitivamente, sus principios son ya para los soviéticos algo consubstancial con su vida.

La Unión Soviética ha entrado en el período de la construcción de la base material y técnica del comunismo, del tránsito del socialismo al comunismo. La fuerza decisiva de este proceso, determinado por la lógica de la historia, es el desarrollo de la economía, de la producción.

Los comunistas nunca han estimado ni estiman que la economía sola puede hacerlo todo automáticamente, pero saben que constituye la base del progreso social; que el poderío económico y militar de la URSS y de todo el sistema mundial del socialismo es una premisa indispensable para maniatar a los imperialistas, un baluarte seguro de la paz y seguridad de los pueblos y, al mismo tiempo, un importante factor que contribuye a despertar la conciencia revolucionaria de los trabajadores en los Estados capitalistas, colonias y países dependientes.

**Sabido es que las revoluciones no se hacen por encargo, sino son el resultado del desarrollo interior de cada país. Pero también es evidente a todas luces que los éxitos en la edificación del socialismo y el comunismo incrementan el atractivo de las ideas socialistas, y por medio de la lucha de clases de las masas contra el yugo social y nacional se convierten en una fuerza material inmensa que socava y derrumba al imperialismo.**

En nuestros días, la fuerza atractiva del socialismo se manifiesta en todas las esferas: en la economía, la política, la ideología y la cultura. La puesta en práctica del socialismo científico certifica la grandeza espiritual del marxismo-leninismo y ayuda a comprender mejor las leyes del desarrollo de la sociedad socialista, de la transformación del socialismo en comunismo.

En vísperas de la revolución socialista en Rusia, Lenin hacía constar con toda franqueza, en su trabajo **El Estado y la revolución**, que entonces los marxistas no sabían aún por qué etapas y vías pasaría la sociedad hacia el principio supremo del comunismo: de cada uno, según su capacidad; a cada uno, según sus necesidades. Ahora están claras tanto la vía como sus etapas. El país ha entrado ya en el período del socialismo madu-

(\*) Estas son las dos primeras partes (de tres) del prólogo del libro "El Gran Octubre y el proceso revolucionario universal" y del cual reproducimos el artículo anterior que firma el profesor Grigori Glezermán.

ro. Más aún, se ha acumulado una experiencia enorme, de histórica importancia para el mundo entero, en la construcción de la nueva sociedad y existe el sistema socialista mundial. La lucha de los dos sistemas mundiales **contrarios por su esencia —el socialismo y el capitalismo—** es la contradicción fundamental y ley de nuestra época. Precisamente esta lucha determina en última instancia los destinos de la humanidad, la orientación de todo el desarrollo social contemporáneo y es aguda y omnimoda extendiéndose a la economía, la política, la ideología y la cultura.

**Hoy todos los hombres imparciales ven que el socialismo está venciendo al capitalismo.** El hecho de que el sistema socialista mundial abarque ya más de una cuarta parte de la superficie terrestre y a más del 35% de la población del orbe muestra diáfamanamente la gran fuerza del socialismo. El movimiento comunista agrupa a unos 50 millones de luchadores, se desarrolla casi en todos los países y obtiene cada vez más éxitos en tanto que es la fuerza más influyente de nuestro tiempo. Es notorio también que casi todos los países de Asia y Africa se han liberado de la esclavitud colonial.

El Poder soviético viene ejerciendo, desde sus primeros pasos, una influencia política e ideológica inmensa sobre el curso del desarrollo histórico. En la actualidad, la URSS, poderoso país socialista, conquista más y más victorias en la **emulación económica con el capitalismo**, demostrando las ventajas indiscutibles del socialismo. Ocupa el segundo lugar del mundo por la producción industrial, su industria proporciona ya más coque, mineral de hierro, carbón, cemento, locomotoras Diesel y eléctricas de línea, segadoras-trilladoras, hormigón armado, tejidos de lana, manteca, azúcar y otros artículos que la de los EE. UU. Es cierto que la URSS se rezaga aún de este país más desarrollado del capitalismo en cuanto a varios tipos de producción, pero la diferencia existente disminuye sin cesar. El volumen de la industria soviética con respecto al de la estadounidense, que en 1950 fue inferior al 30%, ascendió al 47% en 1957 y al 65% en 1965. La economía de la URSS ha progresado y progresa a ritmo acelerado.

La vida demuestra irrefutablemente que las relaciones de producción socialistas dan campos infinitos al desarrollo de las fuerzas productivas. En el socialismo, la solución de las contradicciones que surgen conduce a reforzar la unidad político-moral de la sociedad y los principios socialistas. Otro cuadro distinto es el observado bajo el capitalismo, cuyos antagonismos se ahondan, predeterminando la ruina de este tipo de sociedad.

La Unión Soviética y otros muchos países socialistas se dedican actualmente a perfeccionar el mecanismo de utilización de las leyes económicas objetivas y ventajas del socialismo. Todo autoriza a pronosticar que las medidas estipuladas por los Plenos del CC del PCUS y por el XXIII Congreso del Partido elevarán a un peldaño superior la economía soviética y que el platillo de la balanza en la emulación económica se inclinará cada vez más a favor del socialismo. **En 1967, la renta nacional deberá aumentar en el 6,6%, la producción industrial en el 7,3% y el rendimiento del trabajo en el 5%;** crecerá la producción agropecuaria (el plan determina importantes medidas para seguir vigorizando la base material y técnica de la agricultura y mejorar

el terreno) y se elevará el bienestar material de las masas.

El nuevo plan quinquenal, que se está plasmando en hechos por el esfuerzo del pueblo soviético, asegurará un avance considerable en la edificación de la sociedad comunista. En cinco años se conseguirá incrementar el volumen del producto social global en el 40%; los fondos de producción fijos, en más del 50%; la renta nacional en proporción, del 38 al 41% y los ingresos reales de los trabajadores (per cápita) en un 30%. Como resultado, se consolidará más aún el poderío de la Unión Soviética, de toda la comunidad socialista, y aumentará su capacidad de defensa. Todo esto contribuirá al desarrollo del movimiento comunista en el mundo entero y a los éxitos del socialismo.

Lenin escribía, en 1921, que “en la actualidad nuestra política económica es el factor primordial mediante el cual influimos sobre la revolución internacional. Los trabajadores de todos los países del mundo, sin excepción y exageración algunas, dirigen ahora su mirada a la República Soviética Rusa. Esto es lo que se ha logrado. Los capitalistas no pueden silenciar ni ocultar nada . . .”<sup>2</sup> Ahora que el país de los Soviets ha creado una economía potente y existe el sistema socialista mundial, la influencia de los éxitos económicos de la URSS sobre el desarrollo mundial es muchas veces mayor.

Cada año que pasa, a los ideólogos burgueses les resulta más difícil engañar a los pueblos, ya que los hechos evidencian los éxitos colosales de la URSS y de otros países socialistas en todas las esferas de la vida, y la lógica de los hechos es la más elocuente de todas. Además, los trabajadores de los Estados capitalistas, colonias y países dependientes se convencen continuamente de que los progresos tan remarcables de la economía, la política y la cultura de la URSS no se alcanzan a expensas de otros pueblos, de las guerras y la violencia, sino gracias al trabajo del pueblo soviético.

La política leninista de coexistencia pacífica de los Estados con régimen social diferente ha demostrado por completo su eficiencia y **ha disipado el mito de la “agresividad del comunismo soviético”.** Esta política dirige su filo contra las aspiraciones agresivas de los imperialistas, contrarrestando sus tentativas de intervenir en los asuntos propios de otros Estados.

**El aumento del poderío de la URSS** y de todo el sistema socialista mundial pone más y más obstáculos a los incendiarios de guerra, **obliga a la burguesía a hacer concesiones de carácter económico-social a los trabajadores** y, lo más importante, permite a éstos ver, comprender y sentir a fondo las perspectivas de bienestar y de una vida pacífica feliz que les ofrece el comunismo.

## II

Los cambios trascendentales operados en el mundo confirman la gran verdad del comunismo, del marxismo-leninismo, puesto que el socialismo ha pasado a ser la bandera de millones de personas y fuerza insuperable del progreso social.

Las realizaciones del sistema mundial del socialismo son bien notorias. Está claro ya

<sup>2</sup> V. I. Lenin. OBRAS COMPLETAS, Buenos Aires, 1960, t. 32, pág. 432.



para todos que las leyes de la edificación socialista, descubiertas por el marxismo-leninismo, tienen carácter universal; que el socialismo es posible en todos los países, lo mismo si se trata de los muy desarrollados económicamente que de los agrarios o que sólo dan los primeros pasos por el camino del socialismo; partiendo de las relaciones gentilicias, precapitalistas. En los veinte años que lleva de existencia el sistema socialista mundial se ha evidenciado en la práctica su viabilidad inmensa. Durante este tiempo se ha consolidado la situación política interior de los países socialistas, ha aumentado y vigorizado el prestigio de los partidos marxistas-leninistas y se han ampliado sus contactos con las masas.

Sin embargo, al hacer constar el poderío creciente de la URSS y de todo el sistema mundial del socialismo y el aumento de su influencia sobre los destinos de la humanidad, no se puede desentenderse de que el imperialismo, ante todo el norteamericano, se esfuerza por agudizar la situación internacional; de que **algunos destacamentos de los movimientos comunista y nacional-liberador atraviesan graves dificultades.**

Pudiera preguntarse: ¿no ha cambiado, acaso, la tendencia principal del desarrollo contemporáneo? No. Todo indica que sigue en pie esta tendencia a la vigorización continua de las posiciones y aumento de las fuerzas del socialismo, de los movimientos obrero y nacional-liberador y de la paz. Es insuperable, pues en el mundo no existe una fuerza capaz de detener el avance de la historia, el progreso social.

En el último tiempo, especialmente después del Pleno de Octubre de 1964 del CC del PCUS, se han obtenido grandes resultados positivos en el fortalecimiento y desarrollo de los lazos ideológicos, políticos y orgánicos del PCUS con los partidos comunistas de los países socialistas, sobre los principios del marxismo-leninismo y en el fomento de las relaciones políticas, económicas y otras de la URSS con los mismos países. La coordinación creciente de su política en la palestra internacional contribuye a robustecer la paz y la amistad de los pueblos, a conjurar una guerra mundial termonuclear y a incrementar los éxitos de los movimientos comunista y de liberación nacional.

El Pleno de Diciembre de 1966 del CC del PCUS, en su resolución **La política exterior de la URSS y la lucha del PCUS por la cohesión del movimiento comunista** señaló que al luchar contra las fuerzas agresivas del imperialismo y aplicar consecuentemente la política leninista de coexistencia pacífica de los Estados con régimen social diferente, el CC del PCUS y el Gobierno soviético han conseguido afianzar más las posiciones internacionales del país. **La Unión Soviética hace un gran aporte a la defensa de la paz universal y de la seguridad de los pueblos, a la lucha de las masas trabajadoras por la libertad, la paz y el progreso social.** Por otro lado, la misma resolución indica que la normalización del clima internacional y el fortalecimiento de la paz se ven obstaculizados gravemente a causa de la **política agresiva de las potencias imperialistas**, en primer término del imperialismo norteamericano y de los círculos revanchistas de la RFA. El Pleno recalca la necesidad de **seguir resistiendo con firmeza a las fuerzas belicosas del imperialismo**, a su política de inmiscuirse en los asuntos inte-

riores de otros países y provocar conflictos armados.

Toda época —y la nuestra más que ninguna otra— presenta gran variedad de sucesos y fenómenos tan complejos como contradictorios. Lenin enseñaba ver toda la complejidad de los sucesos actuales, separar lo típico de lo que no lo es, lo fundamental de lo secundario y determinar las tendencias preponderantes de la época.

En nuestro tiempo, además de los procesos revolucionarios, tienen lugar las tentativas de detenerlos y las acciones agresivas del imperialismo. Pero de todos modos, la realidad contemporánea confirma plenamente la justeza y el poderío de los principios de las Declaraciones hechas en 1957 y 1960 por representantes de los partidos comunistas y obreros y, en particular, la tesis cardinal de la Declaración de 1960, de que el contenido, la dirección y las particularidades principales del desarrollo histórico de la sociedad humana en nuestra época los determinan el sistema mundial del socialismo y las fuerzas que luchan contra el imperialismo, por la transformación socialista del mundo. Estos documentos del movimiento comunista internacional dan ancho campo a la iniciativa de todos los destacamentos del mismo y sirven de base para su acción coordinada en la lucha contra el imperialismo, por la paz, la democracia y el socialismo.

La acción coordinada de todos los partidos comunistas y obreros adquiere singular importancia en la actualidad, dado que las fuerzas del socialismo, de los movimientos obrero y nacional-liberador, de la paz y la democracia sostienen una lucha aguda contra las fuerzas del imperialismo y de la reacción.

El imperialismo se hace cada vez más reaccionario. Asustado por las fuerzas crecientes del socialismo, de la democracia y de la paz **recurre a la agresión, a la violencia brutal directa**, y no porque sea más fuerte, sino por exacerbarse las contradicciones en su propio campo.

Toda la situación contemporánea, **las tareas de conjurar una guerra mundial termonuclear y la necesidad de prestar apoyo a Vietnam** exigen que el movimiento comunista y obrero mundial, los países socialistas y el movimiento nacional-liberador estén unidos.

Puede decirse con plena razón que es en Vietnam donde chocan ahora con la mayor violencia las fuerzas del socialismo y de la liberación nacional y las del imperialismo. Todo el mundo ve que los EE.UU. han penetrado en ese país como invasores y verdugos de la libertad, que están librando una guerra agresiva contra el pueblo de Vietnam Meridional y someten a bombardeos vandálicos el territorio de la República Democrática de Vietnam.

El Pleno del CC del PCUS ha confirmado por entero las posiciones de principio de los soviéticos respecto al problema de Vietnam. **La URSS ha apoyado y seguirá apoyando en todos los aspectos la lucha heroica del pueblo vietnamita** contra la criminal agresión del imperialismo norteamericano.

Los documentos de las conferencias de Varsovia y de Bucarest, la Declaración concerniente al fortalecimiento de la paz y la seguridad en Europa y la Declaración con motivo de la agresión de los Estados Unidos en Vietnam orientan a los pueblos a elevar la vigilancia ante las intrigas imperialistas y a luchar activamente contra la agresión. Con-

cediendo gran significación al fortalecimiento de la seguridad en Europa, el Pleno del CC del PCUS señaló como tarea importante la necesidad de luchar por que se hagan realidad los principios expuestos en los documentos de las conferencias sostenidas en Varsovia y Bucarest por los primeros secretarios de los CC de los partidos comunistas y obreros y los jefes de gobierno de los países del Tratado de Varsovia.

Poner fin a la agresión estadounidense en Vietnam y debilitar la tirantez internacional: esto es lo que exigen todos los pueblos adictos a la paz.

En relación con ello, todas las personas honradas reprueban severamente la actitud de los dirigentes de la RPCh que se niegan a ponerse de acuerdo con los demás países socialistas sobre la acción conjunta en defensa de Vietnam. Como se sabe, los dirigentes del Partido Comunista de China y de la República Popular China prefieren deshacerse en invectivas furibundas contra los que prestan una ayuda amplia y eficaz a la lucha anti-imperialista de Vietnam, y por tanto, torpedear la creación de un frente único de todas las fuerzas antimperialistas a fin de rechazar la agresión norteamericana. ¿A quién beneficia tal actitud? Sin duda que sólo a los imperialistas.

Los últimos sucesos de China y los acuerdos del XI Pleno del CC del PCCh atestiguan que los dirigentes del PCCh dirigen cada vez más el filo de su lucha contra la URSS, y no contra el imperialismo; que la política de nación dominante y antisoviética de Mao Tse-tung y su grupo ha entrado en una fase nueva peligrosa, perjudicando tanto la causa del socialismo en la propia China como todo el sistema socialista y el movimiento comunista mundiales. En la resolución del Pleno del CC del PCUS sobre La política exterior de la URSS y la lucha del PCUS por la cohesión del movimiento comunista se dice: "El rumbo que los actuales dirigentes del PCCh siguen en la arena internacional, su política respecto a los países socialistas, la campaña hostil contra nuestro partido y el pueblo soviético, así como la labor escisionista en el movimiento comunista internacional no tienen nada de común con el marxismo-leninismo. Esa política y esos actos lesionan los intereses del socialismo, del movimiento obrero internacional y del movimiento de liberación, se vuelven contra las conquistas socialistas del propio pueblo chino y objetivamente ayudan al imperialismo".

El CC del PCUS en su Pleno de Diciembre de 1966 aprobó por completo la política y la actividad práctica del Buró Político y del Gobierno soviético en lo que atañe a las relaciones entre el PCUS y el Partido Comunista de China, así como entre la Unión Soviética y la República Popular China. Al confirmar el carácter inmutable de la orientación del PCUS a la amistad y solidaridad internacional con el PCCh y la RPCh, el Pleno destacó por otro lado la necesidad de desenmascarar los criterios antileninistas y la política nacionalista de gran potencia, que siguen los actuales dirigentes chinos, y de intensificar la lucha en defensa del marxismo-leninismo y de la

línea general elaborada por las conferencias de 1957 y 1960 en Moscú.

El PCUS estima que en las condiciones actuales adquiere mayor importancia la lucha por la cohesión de todos los partidos comunistas y obreros sobre los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario. Las condiciones de la lucha compleja, tensa y multiforme entre los dos mundos, entre el capitalismo y el comunismo, impone con particular vigor solidaridad fraternal y establecimiento de los lazos camaraderiles permanentes entre todos los partidos comunistas.

Se ha evidenciado en la práctica que el vasto intercambio camaraderil de experiencias y opiniones, el examen colectivo de los problemas actuales del desarrollo mundial ayudan a los partidos hermanos a comprenderse mejor y a determinar con mayor acierto su política común, la estrategia y la táctica del movimiento comunista internacional. Esto tiene importancia extraordinaria tanto para la ejecución de las tareas corrientes de la lucha antimperialista como para el logro de la meta suprema: la victoria del comunismo, el régimen social más justo.

Los participantes de la conferencia celebrada en 1957 en Moscú concluyeron que en las condiciones actuales, además de las entrevistas de dirigentes y el intercambio de información recíproca sobre una base bilateral, sería oportuno celebrar, cuando llegase el caso, conferencias más amplias de los partidos comunistas y obreros a fin de discutir problemas de actualidad, intercambiar experiencias, conocer los puntos de vista y posiciones de cada partido y coordinar la lucha conjunta por los objetivos comunes: la paz, la democracia y el socialismo.

La vida ha comprobado de manera convincente que la información recíproca, las entrevistas y conferencias de los partidos comunistas y obreros, el intercambio constante de experiencias y la discusión camaraderil de los problemas y tareas actuales son formas correctas y útiles de relaciones entre los partidos hermanos, ya que permiten atender a los fenómenos nuevos que surgen en la vida social y hacerse eco oportunamente a las exigencias de ésta.

La unidad internacional de todos los partidos hermanos sobre la base de la gran doctrina de Marx-Engels-Lenin y la acción conjunta en la lucha contra el enemigo común: el imperialismo, por los magnos objetivos históricos del movimiento comunista mundial, son una necesidad objetiva. El XXIII Congreso del PCUS dio una prueba brillante de internacionalismo proletario, habiendo presidido en sus deliberaciones y en todos los discursos de representantes de los partidos hermanos el afán de cohesión y de acción conjunta sobre principios del marxismo-leninismo.

El Pleno de diciembre del CC del PCUS se solidarizó con la opinión de partidos marxistas-leninistas hermanos, de que en la actualidad se crean condiciones favorables para una nueva Conferencia internacional de los representantes de los partidos comunistas y obreros la cual tendrá que ser preparada minuciosamente por medio de consultas entre partidos.